

CLEMENCIA

El pensamiento de Pascal, según el cual a medida que se tiene más ingenio se ve que hay más hombres originales, es muy aplicable a la virtud. A medida que un hombre es más bueno, lo que se llama bueno, más fácilmente distingue, reconoce, aprecia y hasta admira las virtudes de los otros.

Todo es maravilloso para el poeta, dice Amiel; todo es divino para el santo; todo es grande para el héroe. Y todo es mezquino, ruin, débil y malo para las almas sórdidas y bajas. El malvado crea en torno suyo un pandemonium; el artista un olimpo; el elegido un paraíso.

Teme equivocarte en poesía, ha dicho Joubert, cuando no pienses como los poetas; y en religión, cuando no pienses como los santos.

Bueno será que terminemos esto, leyendo a Kempis: Cuando veas a tu hermano cometer abiertamente una falta, aunque sea muy grave, no pienses por ello ser mejor que él, porque tú ignoras cuanto tiempo permanecerás en el bien. Todos somos frágiles; pero nadie es más frágil que tú...

Y terminemos con la frase de Marcos, el Evangelista: *Lex clementia in lingua ejus.*

Montevideo, enero de 1914.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

(*Anales de Instrucción Primaria. Uruguay.*)

Marzo 1915



CONFERENCIA SOBRE EL NIÑO

Léida por el eximio vate, en el teatro Argentino, la noche del 26 de Julio, con motivo de la fiesta literaria en honor de los poetas: Obligado, Guido y Spano y Almafuerte.

Señoras: Señores:

Dice Tolstoi que la edad más perfecta, la de más seguro equilibrio, es la niñez. Afirmación amable, verdad plena de belleza y de dulzura como muy pocas. Porque todas las verdades que andan por el mundo helando la sangre en las venas, amenazando a los hombres con la regresión a la cueva, han sido y serán amasadas a base de algún desmentido a las apariencias de la ilusión, de algún desgarramiento brutal ocasionado en el velo color de rosa en que ella majamente se arrebujaba para sonreírnos.

El hambre, el abandono, los malos tra-

tos, los malos ejemplos, la desnudez, la orfandad, las enfermedades, la miseria. en fin, no son bastante poderosos para arrancar al niño de su beatitud, de su inefable nirvana, de su milagroso equilibrio.

Bajo la racha helada de las calles—casi desnudo, semidescalzo, casi desfalleciente de hambre—le veréis entregarse de cuerpo entero a los juegos de su edad y convertir en juegos de su edad, en gimnasia maravillosa, su ambulancia ocupación de vendedor de diarios y de revistas.

Los estribos de los tranvías, las traseras de los coches y de los autos, los zócalos de las fachadas y de los monumentos, las estatuas de los próceres, los postes telegráficos y telefónicos, son para él—para aquel sér todo alas, todo jocundez—lo que los árboles del bosque para los pájaros: un pentágono colosal, dentro de cuyos espacios y sobre cuyas líneas ellos—los pájaros y los niños—cumplen naturalmente la misión de la nota, la predestinación del riesgo, el apostolado de la audacia, la pragmática del regocijo, el

sacerdocio irrenunciable de la alegría de vivir.

El, el niño, cualquier niño sometido a cualquier dolor, halla su minuto de felicidad, de carcajada limpia y sonora y penetrante como el piar de los canarios, inmediatamente después de sus torturas, en medio mismo de sus sollozos, bajo la densa cortina de sus lágrimas.

A él no le desentrañan, no le desnaturalizan, no logran entristecerle, ni los padres alcohólicos que le azotan, ni el capataz iracundo que le arranca las orejas, ni la señora cruel que le pellizca los bracitos, ni el mocetón miserable que le martiriza para divertirse, ni la maestra superficial que le aparta de su lado porque no es tan hermoso como los otros, ni el maestro imbécil que le pone motes despreciativos, soeces, difamatorios, aplastantes, porque no lo encuentra despejado, inteligente y precoz, como si la precocidad no fuese una aberración y toda aberración no significara decadencia, degeneración!

Cuando todos gimen y lloran, él también gime y llora, y se lamenta como un

angelito sometido a los melancólicos compases de una marcha fúnebre o a los estampidos del cañoneo en un campo de batalla. Pero, a través de su llanto, él divisa a lo lejos yo no sé qué fantasma que le sonrío, qué blanca mano misteriosa que le arroja besos, qué índice imperativo que le señala el sitio preferido de sus juegos y la piedrecita que yace a sus pies, el pedazo de papel que gira en la ráfaga, la hormiga que marcha bajo su carga, la mariposa que liba su néctar, el grito de la calle, el silbato de la fábrica, el insecto que zumba, la pelusilla de cardo que vaga por los aires como una estrella sin peso y sin rumbo, buscando el sitio más azulado de los cielos donde incrustar sus resplandores por toda la eternidad.

Aquel dedo indicador parece significarle: "Las lágrimas no son vida aunque están en la vida: son paréntesis de muerte dentro de la vida. El dolor no es el amo: apenas si es un ministro de la Providencia encargado de impelernos hacia la luz. Ya fué dicho hace dos mil años: *dejad a los muertos enterrar a sus muertos.*

La tristeza es la soberana de los debilitados, de los inútiles, de los cobardes, de los timoratos, de los caducos, de los paralíticos, de los tenebrosos. ¡Ea, querido niño, vete a jugar!”

Y el niño, entonces, ríe, salta, gorjea, gesticula, estalla en gritos y acrobacias — alegremente, sencillamente, celestialmente—en medio de la consternación, al són de los improperios, en el centro mismo de las borrascas de la pasión, al compás de las afirmaciones y los reniegos y las filosofías disolventes de los adultos, como un ruiseñor en una selva poblada de alimañas enfurecidas, como un Daniel entre las llamas, como un chorro de agua saltando de los peñascales, como el sol, como la aurora, como el firmamento que están más arriba de las regiones intermedias de la tempestad; como una lámpara de aceite perfumado distribuyendo la bendición de sus claridades sobre la intimidad abominable de las Mesalinas y los Calígulas.

El niño es flor, es luz, es pureza, es armonía siempre. Como el *rosal* de Fran-

cia, que perfuma toda una casa con uno solo de sus capullos, él, aunque ya descolorido y mustio por el ambiente criminal de una familia maldita, pone sus emanaciones de azucena, su pincelazo de candidez, su chasquido de beso, su rocío de fraternidad sobre las cosas y los hechos más innombrables y hace pasar una rápida iluminación, un relámpago de nobleza por el alma sucia de los más sucios, por el corazón hecho piedra de los hombres y las mujeres, que le rodean como los cardos a una verbena. Los vicios que le circundan y le penetran no matan del todo al serafín que lleva en el seno; aquel serafín está envuelto en una túnica de amianto y ungido en eternidad. Sus malas acciones — esas malas acciones del niño que despiertan tan amargas ideas sobre la naturaleza del hombre, en algunos psicólogos — puede decirse que son mecánicas; instinto de imitación, habilidades de bestiecita sabia, precocidad artificial provocada desde afuera, entusiasmo gimnástico, emulaciones de sportman, simulación de infames competen-

cias, sentido artístico rudimentario, lección bien aprendida, pero jamás bien entendida. Su inocencia escandalizada, prostituída, envenenada, descarriada, hecha pedazos, hecha trizas, hecha polvo, convertida en fango nauseabundo... ¡todavía es inocencia, porque todavía es ignorancia!

Entre los harapos y los terciopelos, entre la vianda exquisita y abundosa y el pan duro y escaso, entre los rítmicos ademanes del salón y del gimnasio y las zafias gesticulaciones de una vida montaraz, entre las perversiones de la calle y las atávicas moralidades de un hogar patricio, entre los que algo saben y pretenden saberlo todo y los que no saben nada y quisieran saber menos—entre los ricos y los pobres, los hartos y los hambrientos, los sabios y los ignorantes, los malos y los buenos — se abre para la generalidad, para la casi totalidad de los proyectos de uno y otro bando, desde hace millares de siglos, un foso enorme, un precipicio insondable que el Evangelio mismo no ha logrado rellenar todavía con la montaña de su doctrina.

Pero el niño echa dentro de aquel precipicio la enormidad de su candor y lo colma hasta los bordes; pero él pasa por aquel foso sin la mínima dubitación, sin el mínimo esfuerzo, como el Divino Maestro sobre las olas del mar, como el Espíritu de Dios a lo largo del Infinito, como el ángel resplandeciente de la democracia, como un gigante colosal de la confraternidad humana, para quien no existieran ni depresiones ni elevaciones físicas o morales suficientes a determinarle en su avanzar de Júpiter, en su prolongación de rayo de luz, en su órbita de astro. Y andrajoso y mugriento como un pañuelo de batista pisoteado en la vía pública, cae en el regazo de la duquesa que le acaricia y le consuela con la misma naturalidad, con el mismo filial abandono que en el regazo de su propia madre; y envuelto en sedas y cubierto de pieles y de perfumes como un pequeño príncipe de leyenda, se arroja en brazos de la pordiosera sórdida y repugnante, si la pordiosera le sonrío, o se lanza a rodar en el polvo del pavimento, mostrándose superior a la

tiranía de sus lujos—abrazado al primer desarrapado de su edad—también superior a la tiranía de sus andrajos, que le invita a la lucha, como un perrillo con otro perrillo, o dos corderos que triscan, o dos ángeles en el paraíso, o dos almas en el éter, o dos lenguas de fuego en la sombra, o los dos extremos de la humanidad—la miseria excesiva y la excesiva abundancia — que se entrelazaran y se fundieran para siempre en un intenso, inacabable, decisivo, categórico, terminante beso de amor!

El corazón del niño no se reduce a perdonar. Su corazón es más caballeresco, más hidalgo, más evangélico todavía: su corazoncito sabe olvidar.

Nervioso, espontáneo, estallante, “mano larga”, se yergue repentinamente en lo mejor de sus fraternos idilios y se lanza sobre su compañero de juegos, elástico y rápido como una fierecita sobre otra fierecita. Luchan, bregan, se golpean, se muerden y ruedan por el santo suelo reciamente apretados lo mismo que dos atletas, hasta que algún transeunte, al-

gún vecino contemporizador, el mismo perverso que les hizo enfurecer, les separa como a dos gallos.

Y cuando sus madres, después de ruidosos altercados y apostrofaciones lapidantes, ya enronquecidas y sudorosas, aún se amenazan con los puños y se juran entredientes un odio calabrés, sin tregua, maquiavélico, mortífero como el alma cejijunta de los Borgia que vaga, todavía, por las encrucijadas pavorosas del Vaticano, ellos, los dos rapaces, las dos pajuelas ardientes que inflamaron aquella voráGINE, los dos causantes involuntarios de aquella gresca formidable, fraternalmente avenidos, hermosamente reconciliados, recíprocamente atraídos como dos electrones en el espacio—más angelicalmente que todos los ángeles, más santamente que todos los santos del santoral, más sabiamente que todos los sabios que en el mundo han sido—reanudan su interrumpida diversión como si el trágico instante que duró su reyerta, ellos y la humanidad, ellos y el sol, ellos y el universo, no hubieran sido en los tiempos

nunca jamás, ni siquiera como una tentativa, ni siquiera como un esbozo, como una ilusión, como un designio lejanísimo en la mente flamígera del Creador.

El esqueleto humano es la máquina más perfecta de movimientos útiles y estéticos, y el cerebro humano es la máquina más perfecta de juicios útiles y bellos.

Todo esto es en sí mismo, por definición, en principio.

Porque las enfermedades—o adquiridas o hereditarias—entorpecen el juego libre y cadencioso de aquel artefacto maravillante de músculos y de huesos, que es el cuerpo humano; y los prejuicios dominantes, los conceptos falsos, los instintos desorbitados o absorbidos en la atmósfera social, o incrustados en el alma por la fatalidad de los atavismos, agotan, retuercen, malparan, obscurecen, enturbian aquella fuente de milagros, aquel ovario de ideales, aquel taller de bellezas, aquel centro irradiador de vida suprema—útil y agradable en los tiempos—que es el cerebro humano.

Pero el niño—un niño cualquiera de los

que están en esa platea o de los que ambulaban ahora mismo por los ámbitos del mundo—todavía está más cerca de la humanidad misma, de la humanidad por definición, del Adán ideal, que el mejor de nosotros, que el más sapiente de los mortales; porque la chispa de hombre mismo, de hombre símbolo, de hombre padrón con que el niño viene a la vida de relación—sin embargo de sus personales taras atávicas, históricas y familiares— aún no ha sido deformada, desequilibrada, deslucida del todo en él, por el machacar horrendo de cuarenta, de sesenta largos años de vida en común, de vida artificial, de imbecilidad y perversidad circulantes.

Dentro de su debilidad, de su sometimiento, de su condición de extranjero recién desembarcado; dentro de la tiranía moral y física que le circunda y le vigila, lucha valerosamente—con el valor de la inconciencia—contra todo lo impuro, injusto y falso que diariamente, hora por hora, minuto por minuto, le imponen sus abuelos, sus padres, sus hermanos, sus

tutores, sus amos, sus maestros y hasta el postrer viejecillo inservible como un tornillo gastado, que, al pasar tambaleante de ajeno por un grupo de rapazuelos bulliciosos, se permite gravemente amonestarlos y dictarles su decálogo como un Moisés tabernario y crapuloso.

A esta reacción de la niñez sobre las diversas moralidades de su ambiente, a estos contragolpes infantiles sobre los golpes caricaturizantes de las circunstancias, llaman generalmente algunos filósofos taciturnos—esos que no abren los labios sino para destilar odio—algunos intérpretes de Darwin, acaso interesados en científicar sus propias amoralidades, y algunos maestros encolerizados: instintos bestiales, impulsos natos de regresión hacia los salvajes sentimientos primitivos. Sin entrar a dilucidar ninguna vez si es el niño el que tiene la razón dentro de su alma pristina, o es el adulto, el provec-to, quien aquella razón tiene dentro de su psicología atormentada, enceguecida, connaturalizada con la injusticia y la sinrazón; sin entrar a discurrir los gárru-

los pedantes esos, que ese hombre salvaje, ese sér primitivo, ese ente fabuloso, a quien, dicen ellos, sería espantable retrogradar, fué el que concibió la vida superior, fué el que trazó el plan incommovible de todas las civilizaciones habidas y por haber, con su solo instinto de lo mejor, con su sola voluntad inquebrantable de progreso; de manera que no sería tan horrible, no sería tan catastrófico hundirse algún día, siquiera por unos segundos, en el antro de sagacidad de aquel espíritu como en un baño de luz, como en una atmósfera de oxígeno, como en un mar sin fondo y sin orillas de soñaciones estupendas!...

Mirad como el niño piensa mejor, más positivamente que muchos hombres, y cómo puede ser el maestro de sus maestros, cuando sus maestros no han leído tanto como para ponerse tan estúpidos como un pavo real.

Os juro por mi honor, por los huesos hechos polvo de mis padres, que las verdades que voy a establecer me las han sugerido con sus gesticulaciones, con sus

miradas, con sus monosílabos elocuentes, los niños de mi casa, todos los niños que han honrado y santificado mi casa con su augusta presencia.

Todas las familias, aun las más pobres, tienen sus pobres. Esa voz lamentosa que clama desde el portal, esa voz empapada en lágrimas que implora en nombre de Dios y llama sobre los moradores de la casa la protección de todos los santos, es un lujo barato que puede darse cualquiera desde los pasantes de notario hasta los Rockefeller, desde las archiduquesas hasta las costureras!...

Así es que todos los niños del mundo han podido presenciar estupefactos esa periódica, esa agria discusión casi monosilábica, entre la dueña de casa que da los desperdicios casi pétreos del pan de sus hijos y el iracundo viejo mendigo que los rechaza porque no son una moneda... ¡y el niño se ha puesto de parte del mendigo!

El ha adivinado, él ha sospechado que así como el papel moneda hace fe de las monedas mismas, las monedas mismas

hacen fe de la felicidad humana, por mas excéntrico, más individual, más transitorio y eventual que sea el concepto de la felicidad esa. El ha traducido, con una serenidad envidiable de pensamiento, los ademanes airados del mendigo y ha creído que es natural, que es humano, al mismo tiempo que horriblemente trágico, salir a demandar de puerta en puerta, ya decrepito y huérfano de todo amor sobre la tierra, como un perro decrepito, un pedacito siquiera de la felicidad personal, de la felicidad autónoma de que los otros gozan. Y él, con esa sagacidad primitiva que ha hecho tantas cosas, con esa sagacidad del ignorante que hizo la ciencia, del hombre de la caverna que imaginó el palacio futuro, del analfabeto que hizo el alfabeto, del salvaje de la piragua que dió comienzo al trasatlántico, ha resuelto en su sapientísima conciencia infantil, que el pan que sobra no es limosna, sino símbolo, apariencia, liturgia ceremoniosa, representación teatral, gesto hipócrita de la limosna... ¡Oh, admirable penetración de la infancia!

El niño no se acoquina, no se desespera, no se desilusiona jamás: su almita heroica vuela sobre sus propias desventuras como una blanca gaviota sobre las olas enfurecidas, como un sarcorranfo inasustable sobre los picos de la cordillera azotados por la tempestad, arropados en la nevasca.

En las frías madrugadas del invierno, cuando los cielos empalidecen a los primeros anuncios del alba, después de haber vagado la noche entera en busca del rincón propicio donde refugiarse, huyendo, tal vez, del correazo de sus genitores o de la infame dolorosa caricia de la depravación, cae rendido, pero no desesperanzado, en el cordón de la vereda, en el quicio de la puerta, en el atrio del templo, y allí se duerme lleno de blancos sueños como las mariposas en el nectario de la flor, como los profetas del Viejo Testamento en el seno de Abraham, como los santos y las vírgenes en el regazo de Dios.

Sí, allí se duerme; allí, sobre las duras piedras, plácidamente se duerme y sueña

yo no sabría decir con qué proyectos, al mismo tiempo, en el preciso instante, quizá, en que rueda por la calzada sonando su bocina el auto lujoso y confortable que conduce, como a un cadáver, al banquero arruinado que sólo piensa en morir, al tahir aristocrático que ha jugado sobre su honor y no tiene otra solución que la muerte, al don Juan reblandecido que acaba de palpar la última ignominiosa realidad de su agotamiento y marcha acariciando en el bolsillo de su gabán de pieles, el pomo artístico de la pistola que ha de entregar a la espectáculo pública, a la murmuración de los salones, al comentario inexorable de las horizontales, el cráneo roto de un miserable sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin energía moral, sin amplitud de horizontes, sin voluntad del bien, sin otra cosa dentro de sí mismo que la enorme imbecilidad desesperada que le obliteraba los sesos.

Sí; ningún dolor, ni físico ni moral, arranca al niño un gesto de renunciación a la felicidad de ser, a la indefinible felici-

dad de ser tal como se es, a la irrenunciable misión de buscar la felicidad en todos los sitios y en todos los momentos.

Postrado en su pequeño lecho—en el hospital de caridad o en el palacio de sus padres, sobre plumones de cisne o sobre puñados de paja—él, lo mismo que en la plaza, o en el jardín, o en la calle, o en la orilla del mar donde se divertía en erigir castillos de arena en las arenas de la playa, encuentra su rinconcito, su campo de maniobras, su taller de fantasías; y en aquel lecho tristísimo y en aquella camita que tal vez será para él la última donde ha de soñar, fabrica montañas de tela con los pliegues de su cobertor, hace palomitas de papel con los envases de la farmacia, charla con las cosas, ríe con sus hermanos, juega con los cabellos de su triste madre, un instante después, un solo instante después de su congoja, de su gemido de angustia, de su vómito de sangre!

Y si ha de morir, y si ha de caer para siempre, y si ha de volar a las regiones inimaginables de lo inconocible, y si ha

de abandonar esta tierra maldita donde él no hizo otra cosa que reír sobre la cresta de su propio dolor, agoniza silencioso —pero jamás iracundo y blasfemante— tan serena, tan suave, tan plácidamente como cuando se despedía de los suyos con una vaga sonrisa saluatoria para encaminarse a la escuela o al taller, todavía más apacible que una lámpara que se apaga, todavía más tranquilo que una nube que se deshace, todavía más olímpico y grandioso que un astro al reclinarse en la línea sensible del horizonte, todavía más admirable que Sócrates ante la cicuta, todavía más en silencio que Jesucristo sobre la cruz.

ALMAFUERTE.

(*Revista de Educación. La Plata.*)

POR LOS SENDEROS DEL AMOR

Me gustaba visitar aquella gente. Sentarme en medio de aquella mujer y aquel hombre y ver correr ante nosotros a su niño, un hermoso niño que rebosaba salud, fuerza e inteligencia. Nada de extraordinario rodeaba la existencia de aquellos seres. No recuerdo cómo ni cuando amistamos, pero mientras permanecí en la localidad, las horas pasadas en su compañía fueron los únicos buenos ratos de que disfruté.

Llamábase élla Polonia, él Antero, y el pequeño, como su padre. Azares y vicisitudes habíanles reducido a la pobreza, a esa pobreza resignada y dolorosa de las personas de mediana posición social, que si nunca conocieron lo supérfluo jamás carecieron de lo necesario. Poseían un dón, un dón inapreciable; a su lado ignorábanse las mil pequeñas contrariedades

a que está sujeto un hogar pobre. Vivían de una humilde industria explotada muy en pequeño: la de hacer escobas. Y en las horas de trabajo como en las de asueto, su genio conservábase igual. Siempre los mismos en una dulce conformidad, como si no echaran de menos ni ambicionaran días de prosperidad. Aquel humor parejo era lo que más me encantaba. La serenidad de sus frentes y la cordialidad de sus miradas. Parecía que se adivinaban los pensamientos. A veces ponía el niño sobre mis rodillas y en silencio los veía trabajar. Las finas y hábiles manos de la mujer aseguraban las espigas del millo, con tal suavidad, como si trataran de no causarles daño, mientras las ásperas y fuertes del hombre reservábanse lo más penoso y recio, como el andar con clavos, alambres y preparar las varas.

Día por día mi amistad y aprecio se hacían mayores, pues descubría en ellos alguna nueva virtud. Después de mucho tiempo de disfrutar de su intimidad, una vez distraído con las travesuras del niño, me dí una palmada en la frente; jamás les

había oído murmurar, cuando todo era maledicencia y murmuración a mi alrededor. Así a diario, como en una tierra nueva revelábaseme alguna noble y bella cualidad en ellos. Lo cual me contentaba con la vida y sentía hasta cierto egoísmo en ser el amigo de sus preferencias. El conocerlos juzgábalo tan importante como el haber dado con un continente. Tenía yo tan pésima opinión de los hombres que siempre preferí mi perro al mejor de ellos.

Pero algo de lo que nunca he podido desprenderme, obligábame a no contentarme con esa amistad y los bienes que ella me proporcionaba; quería conocer la causa de aquella humilde dicha. Llegar hasta el fondo de aquellos seres, palparlos, ver al través de ellos como se ve por un vidrio. Y forjábame mil hipótesis para explicármela. Como un malhechor expiaba sus movimientos y sus gestos. Me impacientaba de que Antero y Polonia fueran siempre así y de que el niño se moldeara a su igual. ¿Por qué no se impacientaban aquellos seres? ¿Por qué no

eran presa de aquella intranquilidad que me llevaba por la vida dando tumbos? Estos y otros pensamientos asaltábanme en su grata compañía y aumentaban mi asiduidad.

Un día ellos mismos quitáronme la venda de los ojos y vislumbré lo que creía un misterio.

Como de costumbre llamé a la puerta y el niño salió a mi encuentro, lo suspendí en mis brazos y avancé al interior, donde de seguro me esperaba el viejo y cómodo butacón que me habían cedido mis amigos. Polonia aseguraba las espigas. El sitio de Antero se encontraba vacío. Me impuse de su ausencia. Polonia manifestó:

—Ha tenido que salir. Pero no dilatará.

A poco llegó éste. Su faz resplandecía. Su mujer alzó los ojos y le envolvió en una de esas miradas llenas de suavidad y ternura inefables. Estrechó Antero mi mano y se sentó al lado de su mujer. Por un instante se miraron como indecisos de comunicarse sus pensamientos ante mí. Pero Antero, como comprendiera la si-

tuación penosa en que me encontraba, pues no quería estorbarles, dijo:

—El negocio prosperará. Encontré a Manuel y ha puesto a mi disposición una pequeña suma.

Polonia respondió:

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Sí.

Antero se volvió a mi sonriente:

—Todo lo adivina.

Inquirí incrédulo:

—¿Tiene usted el dón de la ubicuidad?

—Yo no sé lo que es. Pero cuando usted llegó, pensaba en que a Antero le proponía un negocio su amigo Manuel y cuando le ví entrar estaba casi segura de ello.

—¿Es usted adivina?

—Adivino los pensamientos de Antero. Cuando nos vemos en algún apuro, en uno de esos apuros de los pobres, que parecen no tener resolución posible, mi pensamiento no le abandona nunca y a veces hasta creo que voy tras él como una sombra, como que si me alargara.

Antero oía a su mujer como abobado.

Yo sonreía ante la ingenuidad y candidez del matrimonio.

Polonia advirtió:

—Y así ha sido siempre.

Afirmó Antero:

—Más de una vez.

Sentía gran simpatía por aquellas sencillas gentes y no quería a golpes de lógica desbaratar su ilusión; además, siempre he creído que deben respetarse esas agarraderas invisibles con que tratamos de asirnos a lo intangible. Y olvidé a Condillac y dejé correr mi buen humor.

—¿Conque, otras veces, Polonia?

—Muchas veces. ¡Cuánto no sufrimos los pobres!

—¿Entonces, es el sufrimiento el que pone en sus manos esa rara virtud?

—¡Oh! nó.

—Explíquese.

—¿Usted no ha oído decir que las madres, las esposas y las hijas leemos en el porvenir? Son cosas del corazón.

Oyéndola, ganas me daban de decirla:

—¡Oh suave y cándida mujercita! Todo eso te pasa porque eres buena. No es tu

sombra la que se alarga sino tu pensamiento amoroso y leal el que se prolonga, y un bello y noble pensamiento es fuerte como el acero y benéfico como la luz.

Polonia proseguía:

—¡Nos han pasado unas cosas! ¿No es cierto, Antero? Unas cosas que no se pueden explicar.

Antero respondió:

—Maravillosas. Serán pura casualidad o nó, pero maravillosas.

Mi curiosidad aumentaba.

—¿Les ha ocurrido algo extraordinario?

Antero objetó:

—Extraordinario, nó.

Polonia apasionadamente:

—Sí, Antero, extraordinario.

No pude contenerme y exclamé:

—¡Contadme!

Polonia y Antero cruzaron una mirada. La pobre mujercita como que tomaba su parecer al marido. Bajó los ojos. Sus mejillas se purpuraban.

—Zoquetadas, zoquetadas.

Insistí.

—De pequeñeces se forma la vida.
Antero estrechaba la mano a su mujer.

—Cuenta.

Polonia no sabía cómo empezar.

—Una vez... Un día...

Salí en su ayuda.

—En cierta ocasión.

—Sí, en cierta ocasión.

Continuó Antero:

—Me encontraba ausente.

Polonia:

—No poseíamos recurso alguno.

—Dí, dí. Y me la pasaba llorando.

Polonia:

—Porque pensaba en las angustias de Antero y en nuestra situación. Tan lejos. Ya no tenía ni para la luz. Me había ido desprendiendo hasta de la ropa para comer. En lo que cerraba la noche me metía en la cama y me echaba a llorar. ¿A quién acudir donde apenas nos conocían? ¿No es verdad que es triste?

Respondí apesadumbrado:

—¡Muy triste!

Antero:

—A veces me acostaba sin cenar.

Observé:

—¡Horrible situación!

Polonia con los ojos empañados:

—Cruel, muy cruel, nos moríamos de hambre y de angustia, créalo usted. Habíamos dejado de escribirnos porque no teníamos con qué enviar las cartas. Cuando aún llegaban éstas cobraba ánimos, pero cuando comenzaron a faltar, cuando pasó la primera semana sin cartas, mi desasosiego fué inmenso, mi cabeza era un hervidero y mi ánimo se llenaba de aprehensiones. No me atrevía a veces ni a moverme. Mi pensamiento estaba fijo en Antero. En Antero, de quien nada sabía, pero de quien estaba segura me tendría presente, presente como una luz.

Antero:

—Como una luz. En todas partes como una luz, siempre con Polonia delante. En veces me volvía en la mitad de la calle, porque en mi abstracción la sentía a mi lado.

Polonia:

—No sé si dormía o si estaba despierta, pero una noche le ví. Ví a Antero delgado y pálido, como el que ha pasado muchos

trabajos, que entraba a mi cuarto. Lo ví bien visto en medio de una dulce penumbra. Luego le ví salir y desde la puerta volverse para mirarme. Pero cuando se alejó quedé plenamente convencida de que vendría pronto, de que me escribiría, de que me enviaría recursos, pues sin hablar creí me había dicho todo esto.

Antero emocionado:

—Y esa noche, esa misma noche yo soñaba que iba por un camino muy largo en medio de una luz muy suave. Y caminaba muy de prisa y no me cansaba porque llevaba recursos para Polonia. Caminaba, caminaba y decía:

—¡Qué sorpresa para mi Polonia!

Al despertar, verdaderamente creí que había estado en casa. Pero para convencerme de lo contrario, no tuve más que ver dónde me encontraba, echado en un banco de una plaza pública, porque no tenía dónde dormir. Asimismo estaba convencido de que mandaría recursos. En sueños me había visto con ellos y yo los encontraría. Era muy de mañana. Las casas permanecían cerradas. No sabía

dónde ir y me acerqué a un cafetero ambulante que se estacionaba en la esquina de la plaza. Mientras bebía una taza de café, recordé el nombre de un amigo, que me conocía bien y podía dolerse de mi situación. Pregunté al cafetero si le conocía y cuáles eran las señas de su casa. Me las indicó. Quedaban distantes de allí y eché a andar en su busca. Tuve que dar muchas vueltas porque las señas eran erradas, pero al fin dí con la casa. Llamé a la puerta confiado y tranquilo y la persona deseada salió a mi encuentro, le impuse de mi solicitud y de mis esperanzas. Me aplazó para aquella misma mañana. Al salir me tropecé con otro amigo, en quien no había pensado, y en medio de mi alegría le conté lo que me pasaba.

El amigo, riéndose de mis desventuras, exclamó:

—Bien, si no logras lo que deseas, pasa por mi casa esta tarde. No soy rico, pero quisiera serte útil en algo.

A la hora fijada por el primero de mis amigos, acudí. Al verme díjome:

—Vén mañana. Hoy es imposible. No dejes de venir, cuenta con ello.

En aquel instante me poseyó gran desaliento e interiormente me decía:

—¿Será posible que Polonia no reciba recursos?

Pero en mí había algo que me movía, y corrí a la casa de mi segundo amigo. No se encontraba en ella. Por un instante creí mis esperanzas burladas por el destino. Y en mis manos estrujaba la carta en que anunciaba el envío. ¡Qué hacer, qué hacer! Y en la mitad de la calle me detuvieron por el brazo.

—Querido, ¿vienes por el dinero?

Me volví asombrado. Era mi amigo que me empujaba suavemente hacia su casa.

Polonia:

—Y recibí el dinero, lo recibí.

Ambos me miraban como indagando. Yo hacía saltar al niño sobre mis rodillas y pensaba:

Hé aquí dos, que por los floridos senderos del amor, llegaron hasta a errar por los ocultos dominios del misterio.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.

(*El Cojo Ilustrado*. Caracas)

¡ AYUDÉMONOS !

(Anónimo inglés)

“¡Help one another! the snow-flakes said.”

“¡ Ayudémonos !” dicen los copos de nieve
Al caer en su lecho felpudo.

“Solo, aquí de nosotros ninguno valdrá,
Uno solo derrítese en breve;
Mas si ayuda me dais y a vosotros ayudo,
¡ Qué magnífico cúmulo entonces habrá !”

“¡ Ayudémonos !” una mañana decía
La hoja débil del arce a las otras.
“Sola hallándome, el sol me ajará
Mucho antes que llegue a su término el día;
Mas si ayuda me dais y yo ayudo a vosotras,
¡ Qué magníficas sombras entonces habrá !”

“¡ Ayudémonos !” dice de aljófara la gota
Contemplando otra gota a su lado menuda.
“Va el ardiente, hosco viento del sur a soplar,
Y hoy, aun antes que empiece la tarde, me agota;
Mas si ayudo a vosotras, y a mi dais ayuda,
Un arroyo formamos que corra a la mar.”

“¡ Ayudémonos !” mísero grano de arena
Dijo a otro que estaba cercano.
“Arrastrarme bien puede furioso huracán;
Para mí ¡ay! entonces la suerte ¿ qué ordena?
Mas si vienes conmigo y me ayudas, hermano,
Fuerte monte y enhiesto surgir mirarán.”

La arena se tornó monte procero,
Clara fuente las gotas de rocío,
Las leves hojas pabellón umbrío
Y los copos de nieve un ventisquero.

ALFONSO DELGADO.

Hispania. Londres,)

LAS VISPERAS TRAGICAS

...Como en todos los grandes acontecimientos, el pueblo acudió al bulevar, con este motivo más animado que nunca. Bajo la profusión de muestras luminosas que agotaban la variedad multicolor de las combinaciones fijas y movibles, el río humano desbordaba silencioso formando densos regolfos frente a las redacciones de los diarios. El edificio chillón de "Le Matin", donde había pizarras y transparentes, era el más favorecido por la curiosidad. En previsión de manifestaciones antimilitares, allá y en otros puntos del bulevar, había tropas. Pero la multitud, lejos de revelar hostilidad alguna, pasaba rozando las bayonetas con simpática intimidad. Las muchachas sonreían a los soldados. No había un grito en la general animación. Veíanse muchas mujeres, pero ni una sola "cocotte". La policía capturaba, según parece, a todas

las equívocas damiselas del bulevar, entre las cuales había no pocas alemanas y austriacas que se daban por francesas. El aspecto de aquella multitud ganaba así en honestidad valerosa. Era ese el verdadero pueblo de París, representando las inquietudes de Francia. Y esto quiere decir que no faltaba la parisiense, enérgica y vivaz, como durante las grandes horas de la patria en peligro. Era menester verla allá, con su comprensión intrépida, como por la tarde con sus lágrimas de madre y de esposa, firme, sin embargo, en el puesto del trabajo, para rechazar la necia calumnia que no la considera sino muñeca artificiosa como las veinte docenas de candongueras del bulevar. Pero la literatura y la comedia de pacotilla, habían desaparecido junto con sus habituales heroínas. Lo que se veía allá, era un pueblo fuerte y grave, quien comprendía con su fácil inteligencia, que había llegado para él una hora suprema. Por esto no derrochaba entusiasmo, ni profería un solo grito hostil para el enemigo, manifestando sólo esa sencilla de-

cisión del valiente que ni se engaña ni vacila ante el peligro; "ça y est"... Y nada impresionaba tanto como aquella calma adusta. La aceptación consciente de la formidable amenaza, valía más que todos los "delirios" líricos y oratorios, esperados por cuantos no perciben el espíritu francés sino al través de una botella de champaña. La educación de la democracia resultaba asimismo ventajosa en esa actitud. El pueblo del imperio, engañado por su déspota, pudo "delirar" como es de práctica en tales casos. El pueblo de la república, consciente de sus destinos, tenía que proceder de diverso modo y su serenidad no era otra cosa que la manifestación de su conciencia. La actitud análoga del pueblo inglés, con ser tan distinto, enseña que los resultados del auto-gobierno son también análogos, robusteciendo una vez más la idea superior que asigna a todos los hombres, sin distinción de raza, igual capacidad para la vida libre. El pueblo parisiense tenía, pues, conciencia de la horrenda calamidad, que, ciertamente, él no había busca-

do; y hasta me avanzaría a sostener que no experimentaba ningún arranque de odio hacia el pueblo alemán. Es demasiado nervioso para contenerse si lo hubiera sentido. Quizá comprendía, sin definirlo, que la misma inmensa desgracia cerníase sobre la nación enemiga; tal vez columbraba en la inmensidad espantosa del próximo cataclismo, los resultados que no es difícil prever: el fin de un mundo, la ruina de Europa, el comenzado hundimiento de una civilización. Porque sabido es que el ejercicio de la libertad aumenta la inteligencia. El silencio imponente de los bulevares llenos de pueblo, era también una manifestación de dignidad. Así recibe el fuerte las malas noticias y afronta el peligro. Pues lo cierto es que sobre esa multitud tan vibrante, sobre esas calles tan luminosas, en esa noche de verano llena de estrellas y de serenidad, flotaba ya la muerte. ¡Cuántos de esos transeuntes estaban dando su último paseo; para cuántos entreabríanse ya en la sombra las puertas inexorables! Por otra parte, aquella grave aceptación de la desgracia,

era la única actitud discreta ante la estupidéz de esta guerra sin triunfo posible para nadie, sin gloria en el sombrío anónimo de su propia inmensidad, sin éxito equivalente a la irreparable destrucción que comporta, sin entusiasmos ni odios populares en su automatismo de máquina fatal. El pueblo francés tuvo, como siempre, la noción justa del momento. Su decisión era por esto mismo más admirable, al faltarle esa dosis de inconsciencia que existe siempre en el valor impulsivo. La apreciación justa del peligro no disminuía su disposición de afrontarlo. Desde la mujer llorosa hasta el hombre grave que veía sin engañarse la inmensa calamidad, todos pensaban y decían lo mismo: "Hay que morir por la Francia". Y uno reflexionaba a su vez, si ante lo imprevisible de esta catástrofe sin precedentes, no estaría en aquel valor estoico el secreto del resultado definitivo. La verdad es que con el desgaste de esta batalla de veinte días, con la falta de resultado apreciable para la tropa, con el espanto sobrehumano de este cataclismo, los ha-

bituales condimentos de la gloria, resultarán quizá, insípidos. Tal vez ha llegado ya la época de que para los pueblos como para los héroes, la principal fuerza no consista en el odio contra el extranjero, sino en la noción de la propia justicia. Durante la Revolución, cuyo desenlace definitivo es esta guerra que dará el triunfo para siempre a los agentes de la libertad o a los poderes de la obediencia, se hizo, no sin resultado, el experimento.

Nuevos grupos seguían entrando al bulevar, pero el silencio continuaba, insinuando en el espíritu esa tristeza heroica, superior al mismo entusiasmo como elemento de combate. Aquel pueblo callado e inquieto, recordaba el desasosiego del león. Como éste lo hace ante el peligro, así desdeñaba rugir en vano. El pavor de la guerra pasaba erizando su piel, pero no tocaba su corazón profundo. Fácil era ver reflejada en su gesto la tranquilidad de la noble entraña. Entonces mi bien amada—cosa digna de mención, porque las mujeres no se equivocan en esto—dijo con la voz ya sollozada por la inmensa desventura:

—Van á pelear todos hasta morir.

Iba, entretanto, ganándonos el alma una inmensa simpatía trágica. Ya sentíamos la congoja fraternal por todos los inocentes que iban á morir, y á ratos nos salía del corazón, como una sombra helada, la evidencia del horror futuro. Hace dos años, al comentar en estas mismas columnas la guerra balcánica y sus consecuencias funestas, dije que se sentía pasar sobre los pueblos europeos la angustia previa consignada por los cronistas al amago de las invasiones bárbaras. Aquella última noche de París, yo también hube de sentirla. Me pareció, no sé por qué, que me despedía para siempre de muchas cosas. Recordé con esa ira dolorosa que sólo el cariño engendra, todas las debilidades del gran pueblo y lo caro que iban á costarle, aunque sin poder reprochárselo, siquiera fuese con el fondo de mi corazón, porque cada una de ellas corresponde—y conviene no olvidarlo jamás—a una libertad conquistada de la cual sacan provecho los hombres. Así, toda derrota de Francia es un sacrificio

más por la libertad humana, y los que se lo achacan vituperándola porque no supo convertirse en un cuartel, reniegan de su propio bien y son ingratos con torpeza.

Habíamos salido sin notarlo de la moviediza y callada multitud, hallándonos de pronto en el seno de la ciudad dormida. Era la soledad habitual, que salvo tres kilómetros de bulevar bullicioso, certifica desde las nueve de la noche la honestidad laboriosa de París. Sobre el Sena obscuro, brillaban con reflejo veneciano las lucecitas verdes y rojas del alto puente de Passy. El río también dormía como un vecino trabajador. Un poco de brisa murmuraba como entre sueños en el pabellón de las alamedas. Al fondo de la noche, brillaba grande la Osa y engarzaba su diamante azul el asterisco de la Lira. Los jardines del Campo de Marte, abríanse solitarios, y mi última impresión de París fue la aparición de la torre, á la sazón erizada ya de ametralladoras y de fusiles, alta hasta perderse de vista su cresta eléctrica donde estaba braman-

do la fuerza de los cables enormes, vibrante de vigilancia oculta la potente armazón que parecía apuntar la noche con sus arcos titánicos. Dijérase que ese árbol de hierro sustentaba la confianza de París. Entre sus gajos, como en los de aquellos cedros que cantó Lamartine, caían constelaciones. Sabíamos que su metal estaba palpitado de corazones, ávidos, circulada de energía inteligente su masa gigantesca; mientras al tope, invisible con la sombra, la bandera tricolor, como un águila insomne, flotaba en la inmensidad.

Fueron después las breves angustiosas horas sin sueño, el brutal quebranto de cuerpo y de espíritu hasta el amanecer, la salida, que ya era fuga, en los últimos trenes regulares, la rauda marcha del expreso á cien kilómetros por la campiña labrantía donde los trigos maduros tomaban el color del pan, formando contraste su dorada hermosura con los centinelas y los cañones que guardaban túneles y puentes; y las cosas habituales que iban pasando: Creil con sus cante-

ras, Liancourt con su castillo, el canal del Oise donde viejas barcazas a la sirga navegaban llenas de laboriosa paz; Amiens con su catedral cuya flecha de madera se ve de lejos, ligeramente doblada como un viejo mástil, Abbeville que deja percibir al paso, como en un pestañeo, la fachada de San Vulfrán, á modo de una madrepora gótica, Boulogne que parece una ciudad de dos pisos, y luego las dunas de Calais, la Mancha grisácea...

Era un día de bello sol sobre los campos veraniegos, divididos por la labranza en inacabables rectángulos de mieses maduras, de sembrados verdegueantes, de rastrojos mullidos como tapices, sobre los cuales destacábase a veces el duro gañán o la recia paisana guiando sus tordillos de potente cerviz al trabajo de la gleba. Así era fecundo el país de Francia, y en él felices aquellos trece millones de agricultores con que le dió riqueza y democracia la formidable justicia de la Revolución. Y nada resultaba tan triste, tan desgarrador en su pacífica belleza como aquella fecundidad amenazada por la

catástrofe. El jilguero que volaba al paso del tren sobre la ondulación de los trigales, la amapola que de puro amorosa había vuelto a encenderse entre los centenos, los paisanitos que nos miraban pasar desde el borde de algún barranco, manifestaban una inocencia tan feliz que labraba el alma. Habría uno querido que el paisaje armonizara con la siniestra barbarie de los hombres, que la nieve y la aridez anticiparan su mortaja a la pobre tierra sembrada donde toda esperanza iba pronto a morir, que la mañana no fuera tan azul, que no brillara tanto el sol...

Y ahora todo aquello está ya violado, devastado, hundido al paso de hierro de los ejércitos. Ya no sirve más que de lecho anónimo a los alegres "pioupious" que no han de volver, a los gallardos "boys" de Inglaterra, a los blondos garzones germanos allá sacrificados por la misma estúpida ferocidad, víctimas de idéntica maldición, y con ello, dignos, ¡los infelices! de igual compasión en su pobre carne muerta. Aun cuando los en-

tierrén, todos dejan afuera la misma sombra doliente, que es la mujer enlutada, uniforme por doquier como la noche, y cuyo luto bordado de lágrimas forma el tapiz de los déspotas. Ahora aquella tierra ennoblecida por el trabajo de las generaciones no es más que un pudridero colosal, donde la iniquidad va a fructificar su peste. Allá donde volaba el jilguero plácense los cuervos y las moscas, donde bien olían el heno y la mies hieden los cadáveres de la inmensa carnicería, y la sangre forma charcos siniestros allá mismo donde vi floreciendo ayer las amapolas de la dulce Francia.

LEOPOLDO LUGONES.

(*La Nación*. Buenos Aires.)

RODÓ Y LA GUERRA

Solicitada por la prensa uruguaya la impresión de José Enrique Rodó acerca del actual conflicto europeo, el ilustre escritor ha contestado en la siguiente forma:

El primer sentimiento que embarga el ánimo en presencia de lo que pasa en el mundo es de protesta y de aversión por ese enorme "salto atrás" de la guerra, que desata en los mismos centros de la cultura humana los instintos bárbaros del odio, la iniquidad y torpeza de la fuerza, y pone en duda si esta civilización, cuyos desenvolvimientos materiales tanto nos enorgullecen, lleva efectivamente en sí el principio moral capaz de preservarla de la ruina y la disolución en que otras civilizaciones terminaron.

Pero, duélanos o no, la guerra es un hecho, y en la guerra se juegan los destinos de la parte más culta y poderosa de la

humanidad. ¿Podemos los latino-americanos fijar en ella un interés puramente teatral o puramente utilitario? ¿Podemos ser imparciales en esa única contienda? Si imparcialidad significa la neutralidad de los Estados y el tributo de consideración y de respeto que constituye la más clara obligación de la hospitalidad, claro está que podemos y debemos ser imparciales. Pero si imparcialidad significa indiferencia, yo afirmo con igual convicción que no podemos ni debemos serlo. Imparcial de esa manera se podrá ser cuando se trate de una guerra entre dos tribus del Africa, sin carácter distinto, sin significación moral, sin trascendencia posible en la marcha del mundo. Tratándose de una lucha entre naciones primaces, cuyos resultados han de abarcar forzosamente la redondez del planeta, yo, por mi parte, no quiero ni puedo ser imparcial. Mi razón serena aprueba y confirma los espontáneos impulsos de mi sentimiento, y sentimiento y razón me llevan, con toda la fuerza de mi alma, allí donde reconozco mis afectos de raza, mi

concepción de los destinos humanos y la filiación de mis ideas.

La conciencia latino-americana tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés. Vemos en la tricolor de Valmy y de Jemmapes el símbolo del más pujante ensayo de civilización humanitaria, liberal y generosa, que se haya aspirado a realizar

en el mundo desde la Roma de los Antoninos, y del más perfecto florecimiento de cultura desinteresada, de delicadeza mental y de gusto exquisito, que haya iluminado el espíritu de una sociedad humana desde la Atenas de Pericles y la Florencia de los Médicis. ¡Cómo no hemos de estar con el pueblo que eso representa, cuando un golpe, que quiere ser de muerte, le amenaza; cuando una angustiada expectativa hace que se sucedan en nuestra memoria, de un lado los milagros de la Revolución, y del otro las pinturas siniestras con que nos transmitió la imaginación de Víctor Hugo el dolor y la desesperación del "año terrible!"

Por fortuna para los que creemos en la inmensa parte del porvenir humano que custodia en su espíritu ese pueblo, la renovada prueba a que se le había destinado sobreviene en condiciones tales que, a la vez que acrecientan por la alianza el poder de sus armas, engrandecen y exaltan todavía los prestigios de su causa nacional. Con él está la libre Inglaterra, madre y maestra del gobierno propio; la

nación que, aun allí adonde ha ido en s6n de conquista, ha llevado consigo la libertad, para difundirla y ense1arla; la Inglaterra que, sino en el afecto de la sangre, nos impuso siempre alta admiraci6n y respeto, porque sus instituciones han contribuido a darnos un ideal de organizaci6n y porque todas las formas de nuestro adelanto material americano nos recuerdan a una los est6mulos de su capital expansivo y civilizador. Esta alianza de las dos grandes naciones propagadoras de libertad, aunque por distintos estilos, me parece la m1s hermosa y simp1tica armon1a que pudiera presenciarse en el mundo. De la manera como la guerra est1 planteada, si por una parte es la lucha de las nacionalidades contra un imperialismo que parece tender a la unidad de no s6 qu6 restaurada Europa feudal, por otra parte es y significa tambi6n la lucha de los principios liberales de gobierno con la monarqu1a de derecho divino, fundada en la consagraci6n de la fuerza como signo de predestinaci6n y en el leg1timo uso de la fuerza contra la

idealidad inerme del derecho: "La force prime le droit."

Y por si algo faltase aún para caracterizar el conjunto de Francia y sus aliados en el actual orden del mundo, queda la parte de esa Bélgica, maravilla de trabajo y de cultura, de administración y de orden, a la cual ni la intachable austeridad de sus ejemplos ha podido salvar del brutal atropello de la fuerza; incomparable colmena humana, hollada y destrozada por la más inciuva de las invasiones, y que, en la hora de peligro, se convierte, de colmena pacífica, en formidable antro de héroes, para sellar con sangre generosa el derecho que asiste a las nacionalidades pequeñas, de mantener su personalidad y autonomía y resistirse a ser el instrumento servil de fines ajenos.

Francia representa además, en este conflicto de naciones,—y no es posible apartarlo de nuestro pensamiento,—la virtualidad del genio latino, la afirmación que hacemos de su integridad y su poder, y que habría de quedar desvirtuada, acaso para siempre, si otra vez el golpe de

Arminio abatiera las legiones de Varo, a los cuarenta años de Sedán. Por eso Italia, el pueblo de Italia, se estremece como si le hiriera en carne viva el clarín de esta guerra, y sobreponiéndose a las ficciones de la diplomacia, ratifica altamente a la grande hermana latina el sentimiento de amor y admiración que hace un siglo inspiró a Alejandro Manzoni, en su "Carta sobre las unidades dramáticas" aquel hermoso final donde se dice que "nadie pudo conocer a Francia sin amarla con amor semejante al afecto de la patria, y nadie pudo separarse de ella sin que en la impresión de la ausencia se mezclara una nota melancólica y profunda, igual á las nostalgias del destierro". Seguro estoy de que por el espíritu de España pasa a estas horas la misma vibración de simpatía, y ya la confirman, desde luego, las palabras que se conocen de algunos de sus hombres de idea y de prestigio popular

Por sentimiento de raza o por sentimiento de conservación nacional y libertad, parecen formar acorde de nuevo,

frente al común peligro, aquellas “voces de los pueblos”—para usar de una expresión germánica,—que surgieron enérgicas y distintas, entre el fragor de las conquistas napoleónicas. Y si se quisiera completar la protesta contra el imperialismo amenazador, con la palabra de otra de las razas más inteligentes y más cultas de Europa, sería necesario evocar la voz desvanecida de una Alemania menos fuerte y próspera, sin duda, pero incomparablemente más llena de atracción y de espíritu que el Imperio de Guillermo II: la Alemania de Schiller y de Kant, de Goethe y de Fichte; la Alemania que renovaba el ideal estoico del deber con la “Crítica de la razón práctica”, y que expresaba, por labios del Poza de “Don Carlos,” el sentimiento de la fraternidad humana y el derecho de todos los hombres a la vida de la libertad.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida, no sabría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de

normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto, por sí sólo, debería decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo "la presa colonial", el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.

En suma: raza, mentalidad, instituciones, espontaneidad del afecto, noción de nuestro interés colectivo: todo, todo, nos vincula estrechamente a una de las partes de esa discordia gigantesca. Mirada

del punto de vista americano, como de cualquier punto que diste algunas horas de la "Wilhelmstrasse" de Berlín, la causa de Francia y sus aliadas es, en el más alto y amplio sentido, la causa de la humanidad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

COMPRENDER

No es posible pedir a toda clase de adversarios un gesto de comprensión y de desinterés. No todos pueden juzgar serenamente la obra del adversario. Pero éste es un ideal al que debemos encaminar nuestros esfuerzos. Muchas veces, en nuestras lecturas, hemos tropezado con libros respecto de los cuales teníamos la aprensión de que no nos iban a placer. Sin embargo, hemos comenzado a leerlos, los hemos leído íntegramente, hemos procurado entrar dentro de ellos, compenetrarnos con el espíritu del autor, *comprender*. Para nosotros uno de los efectos, no digamos de la cultura, sino de la civilización, es este movimiento de atención y de reflexión que un hombre puede tener ante otro hombre o una obra antagóni-

cos suyos. No nos dejemos llevar de la pasión ni de la superstición. Si la obra buena ha sido hecha, tengamos la nobleza y la lealtad de declararlo, *aunque* la obra haya sido llevada a cabo por nuestro adversario. ¿Qué hay por encima de la verdad? Nada. La verdad está sobre todo. Nuestro símbolo: un hombre que, como en un cuadro de Holbein, estaría inclinado atentamente sobre un libro con un gesto de comprensión... *Comprender* es el camino del desinterés y de la verdad.

AZORÍN.

(*Un Discurso de La Cierva*)

ALARCON (Pedro Antonio de): *Cosas que fueron* (1 Vol.)—*El sombrero de tres picos* (1 Vol.)—*El Capitán Veneno* (1 Vol.)—*Novelas cortas* (3 Vol.) Editados en la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS. Madrid.

...“La Noche Buena del poeta”—así se llama uno de los artículos de esa preciosa colección*—me encantaba sobremanera. Aquel soñador, ido a Madrid, en busca de fortuna y

* *Cosas que fueron.*

que dejó a los padres en el quieto villorrico; aquel que, tiritando, recorre las calles en noche de Navidad, y ve con envidia a los que tienen su hogar, su sopa de almendra, y en ruedo cantan villancicos o festejos bailan, me conmovía profundamente.

He releído el artículo y lo encuentro lindísimo. Esa "Noche buena" y la de Larra, son las más buenas de la prosa española.

...Lo bello es eterno, y él (Alarcón) hizo muchas cosas bellas. Las *Cosas que fueron* tienen cosas que son y serán primores siempre. *El sombrero de tres picos*, aun cuando lo que se use sea el sombrero de copa, gustará siempre a todos los enamorados del arte.

...Para mí (ahora que puedo apreciar a Alarcón con criterio menos malo que hace diez y ocho años), lo que de él vivirá son *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno*, varias de sus *Novelas cortas* y algunos de los artículos que coleccionó.

...Pero en este siglo de lujuriosa producción literaria, debe tenerse por dichoso el que pueda entrar a la inmortalidad con sólo exhibir estos tres billetitos color de rosa,

que se llaman: *El sombrero de tres picos*. *El Capitán Veneno*, y *Novelas cortas*.

...En cambio ¡ qué lindísimos cuentos escribía Alarcón! La palabra castellana *cuentos*, no trasmite la idea que deseo transmitir y que sí expresa la del idioma francés: *nouvelle*: Porque *cuento* parece denotar algo pueril, la narración escrita para solaz del niño; y en la *nouvelle* cabe todo, desde el cuadrito "de género," hasta el análisis psicológico. Cultívala en Francia, con mucho acierto, Guy de Maupassant, siendo a la par, egregio novelista: *nouvelliste et romancier*. Y Alarcón es un Maupassant casto.

Volviendo a leer ese *Sombrero de tres picos*, reflexioné que había tenido razón la mamá de Rosa. Hay una intensa voluptuosidad en esas hojas, desde la escena de la merienda, de la parra, hasta la última. La *señá Frasquita* es muy rozagante, muy fresca, demasiado hermosota. Pero aunque la novelita exhale voluptuosidad, no es inmoral. Es apetitosa.

¡ Qué cuadrito más bien acabado! ¡ Qué figuras! ¡ Qué color! ¡ Qué sanas risotadas! ¡ Qué alegría!

¿Y el *Capitán Veneno...*? ¡Esa es una obrita maestra! A ese capitán de furibundo mal genio, y que anda a gatas para que un niño cabalgue en él, sí le conocemos. ¡Qué buen retrato! ¡Cuán completo el parecido! ¡Y qué buena persona y qué simpático es ese capitán de mal humor! Se ve cómo el cariño va suavizando con su tibia humedad de lágrimas, ese temperamento reseco y áspero. Con haber escrito ese libro diminuto, se conformaría cualquiera.

¿Y el *tic-tac...*? ¡No: quedará mucho de Alarcón aunque él no lo haya creído! No morirá la memoria de ese delicado pintor de Miniaturas. Dijo él en verso:

*Noches vendrán cuya quietud grandiosa
No turbaremos ya.... noches de olvido!*

Pero no vendrán esas noches para él, sino las sabrosas veladas en las que, a la luz de la lámpara verde, se releen esos cuentos en familia, regocijando a los viejos, despertando curiosidades y malicias en los mozos, haciendo reír a los abuelos y a los niños. No morirá tampoco la memoria del hombre honrado y bueno. Al literato le debemos horas deliciosas, y en algunos de sus libros está escrito el verso de Manzoni: **CHE FORSE NON MORRÁ.**

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Artículos escogidos.)

LAERCIO (Diógenes): *Vidas de filósofos ilustres*. Dos volúmenes de la "Biblioteca Clásica." Madrid.

Es libro que todos pueden leer con provecho y regocijo.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

(*Nuevo Mundo*—Madrid.)

No sé si Ud. conoce, mi querido amigo,* unas páginas maravillosas del gran patriota y revolucionario italiano José Mazzini en sus *Note autobiografiche*, cuando habla de la tempestad de la duda que le asaltó en Londres en enero de 1837, y donde están aquellos sus conceptos sublimes sobre que la vida no es contemplación, ni expansión, ni goce, sino misión. Es de las cosas más intensas, más íntimas, más profundas, más religiosas, en fin, que se haya escrito en lengua humana. Las escribió Mazzini cuando se le acusaba de querer hacerse dictador y de ser un soberbio. Y él encontrábase sumergido en un letargo de melancolía y enflaquecido. Al envolverlo la *tempesta del dubbio*, entrevió por un momento la vejez del alma solitaria y el mundo desierto de todo consuelo para él.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(*Nuevo Mundo*.—Madrid.)

* A Azorín se dirige.